



LLAMADA
DE MEDIANOCHÉ

INSTITUTO BÍBLICO ONLINE

GÁLATAS

EXPONE

• Esteban Beitze •



Llamada de Medianoche Uruguay



+598 99 000 540



LlamadaWeb.org



Temario

VI. Clase 6

1. Parte práctica. Los privilegios de la justificación. La libertad (5:1-15)
2. Parte práctica. Los privilegios de la justificación. La lucha entre la carne y el Espíritu (5:16-26)



VI. Clase 6

1. Parte práctica. Los privilegios de la justificación. La libertad (5:1-15)

“Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud. Ciertamente, yo, Pablo os digo que si os circuncidáis, de nada os aprovechará Cristo. Y otra vez testifico a todo hombre que se circuncida, que está obligado a cumplir toda la Ley. De Cristo os desligasteis, los que por la Ley os justificáis; de la gracia habéis caído. Nosotros, por el Espíritu, aguardamos por fe la esperanza de la justicia, porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor. Vosotros corríais bien. ¿Quién os estorbó para no obedecer a la verdad? Esta persuasión no procede de aquel que os llama. ‘Un poco de levadura fermenta toda la masa.’ Yo confío respecto de vosotros en el Señor, que no pensaréis de otro modo; pero el que os perturba llevará la sentencia, quienquiera que sea. En cuanto a mí, hermanos, si aún predicara la circuncisión, ¿por qué padezco persecución todavía? En tal caso se habría quitado el escándalo de la cruz. ¡Ojalá se mutilaran los que os perturban! Vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros, porque toda la Ley en esta sola palabra se cumple: ‘Amarás a tu prójimo como a ti mismo.’ Pero si os mordéis y os coméis unos a otros, mirad que también no os destruyáis unos a otros”.

En el capítulo 5, Pablo se dedica al tema de la justificación. ¿Es posible alcanzar la justicia por medio de la ley? ¿Alcanza la fe en Cristo para ser justificado? Hasta ahora, el apóstol había enseñado acerca de la justicia por la fe, oponiéndose a la teología de los judaizantes, quienes creían necesario circuncidarse y guardar la ley mosaica para ser justos delante de Dios, es decir, para ser salvos.

Pablo había enseñado que seguir estas prácticas luego de haber creído en Cristo por medio de la fe era hacerse esclavo de la ley y del pecado, por este motivo, pide a los gálatas que se mantengan firmes en la libertad que obtuvieron en Cristo, no volviendo al yugo de servidumbre. La palabra puede también traducirse como “enredarse” o “envolverse”: “Y no se envuelvan de nuevo”, con el sentido de no permitir que se te coloque nuevamente el yugo de la ley, volviendo a los ritos, costumbres y hábitos con el fin de ser justo delante de Dios.

El que se circuncida hace inservible en él el sacrificio de Cristo, pues está obligado a guardar toda la ley.



No obstante, es necesario cuidarse de los extremos: la libertad que tenemos en Cristo no es para ejercerla de manera irresponsable, actuando en la carne, sino que se es libre para vivir en el Espíritu.

La práctica de la circuncisión con el propósito de ser justo delante de Dios anula el poder de Cristo para hacernos justos, pues si es suficiente la circuncisión, entonces de nada sirve la fe en Cristo. No obstante, es todo lo contrario: todo varón que se circuncida debería también cumplir con toda la ley. Como este esfuerzo no hace más que hacer al hombre pecador, solo podrá ser justificado si alguien fuese capaz de cumplir por él toda la ley y cargar sobre él los pecados de la humanidad.

La ley y la gracia son mutuamente excluyentes. El camino de la ley hacía que el hombre dependa de sus logros, pero el camino de la gracia los llevaba a entregarse por completo a Cristo para recibir el perdón de sus pecados. Si aceptaban la circuncisión como una parte de la ley para ser justificados, debían entonces aceptar toda la ley. La circuncisión era la insignia distintiva de los judíos, como lo es el bautismo para los cristianos. Por lo tanto, un hombre que se circuncidaba se convertía en maestro de la religión judía y estaba obligado a obedecer todas sus leyes rituales. Esto debe entenderse, por supuesto, con referencia al punto en discusión, es decir, si se hacía con miras a la justificación, o como algo necesario y vinculante. Por lo tanto, no aplicaría para Timoteo, quien se circuncidó por conveniencia o prudencia.

Todos aquellos que procuran ser justificados por la ley se han caído de la gracia, pues han anulado la eficacia de Cristo. Pablo no utiliza la expresión *“de la gracia habéis caído”* como algo accidental, sino como una consecuencia de querer ser justificado por la ley. Si buscas ser justo delante de Dios mediante la ley, es entonces imposible que experimentes la gracia de Cristo en tu vida. Como dice 2 Corintios 6:14: *“... ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia?”*, porque si guardas la ley, pero ofendes un solo mandamiento, te haces completamente culpable e injusto delante de Dios. Esto es incompatible con la gracia de Dios, la cual nos justifica por la obra que Cristo hizo en nuestro lugar, librándonos de la esclavitud de la ley y el pecado por medio de su sacrificio y su resurrección. Esta es una justicia perfecta y eterna. De nuevo, si intentamos justificarnos por medio de la observancia de la ley, Cristo no tiene ninguna incidencia en nuestras vidas.

No es por la ley, sino por el Espíritu de Dios que aguardamos por fe la esperanza de la justicia (v. 5). Pues en Cristo ni la circuncisión ni la incircuncisión tienen valor, sino tan solo la fe que obra por el amor (v. 6). Lo único que puede hacernos justos ante Dios es nuestra fe, la cual obra en amor dentro de nosotros. A diferencia de la ley, el Espíritu de Dios obra en nuestros corazones por medio del amor.

Los gálatas habían comenzado bien: *“Vosotros corríais bien”* (v. 7), esto es, habían comenzado en el Espíritu, sin embargo, habían sido persuadidos para no obedecer la verdad. Eso no es algo que Dios hubiese hecho. No fue Dios quien habló a sus corazones para convencerlos de circuncidarse.

El versículo 7 sigue diciendo, *“¿Quién os estorbó para no obedecer la verdad?”*.



¿Quién te lo impidió? ¿Quién te condujo de regreso? La palabra que se usa aquí es *ἀνακόπτο* *anakoptō*, ‘golpear’, ‘conducir de regreso’, en el sentido de obstaculizar, controlar o retrasar. Se trata de una expresión olímpica que significa cruzarse en el camino de un corredor para empujarlo y sacarlo del camino. Pablo pregunta quién pudo haber hecho tal cosa, lo que implica que pudo haber sido a causa de su propio consentimiento.

Pablo puede estar diciendo dos cosas con la expresión “*un poco de levadura fermenta toda la masa*”.

En primer lugar, aunque los gálatas habían comenzado a correr bien, había sido un pequeño desvío en la carrera lo que hizo que se alejaran cada vez más de la verdad, pues tanto la circuncisión como la no incircuncisión no representan una gran cosa, pues de nada aprovecha, sin embargo, este pequeño desvío los arrastraría hacia lugares más oscuros, pues este acto les exigía cumplir con toda la ley, lo que a su vez, a causa de su imposibilidad, los condenaba.

En segundo lugar, para los judíos la levadura simbolizaba las “malas influencias”, por lo tanto, puede referirse a que este movimiento legalista puede terminar alejándolos cada vez más de la verdad, por lo que es urgente desarraigarlo antes de que lo destruya todo. Algunas versiones griegas dicen: “*mikra zume olon to phurama zumoi*”, ‘un poco de levadura hace que toda la masa se eleve’.

Pablo no quiere exhortar a los gálatas en vano y prefiere creer que entenderán el peligro al que se exponen, retrocediendo a tiempo de sus malas decisiones y recuperando la gracia que han abandonado.

Aquel falso maestro que haya sembrado entre ellos estas dudas y perturbado a los gálatas quienes habían experimentado la fe en Cristo, recibirá el castigo que merece, por haber sembrado cizaña entre el trigo de Dios.

Por otra parte, es probable que algunos pensarán que Pablo estaba a favor de la circuncisión. Él mismo estaba circuncidado y había mandado a Timoteo a hacerlo. Esta es la razón por la que Pablo debe aclarar que él no predica la circuncisión, pues si lo hiciera no padecería persecución ni estarían sus perseguidores ofendidos por la cruz, la cual anunciaba la completa, gratuita y suficiente redención y el perdón de los pecados, sin necesidad de sumar a ello obra alguna, sino creyendo por fe en la obra de Jesucristo en la cruz. Predicar la circuncisión sería proclamar que el evangelio de Cristo no era suficiente.

No es que la práctica de esta ceremonia fuera pecaminosa, sobre todo para que aquellos que habían sido judíos, sino creer que era necesaria para los gentiles convertidos. Además, si se juzgaba necesaria la circuncisión, también era necesario guardar todas las otras ceremonias y preceptos de la ley.

Finalmente, la presión de los judaizantes para que los gentiles se circuncidaran y las mentiras que estos habían dicho sobre el apóstol, hizo que Pablo expresara un profundo deseo: “*¡Ojalá se mutilaran los que os perturban!*” (v. 12). Si ellos insistían en que los gentiles se circuncidaran, ojalá entonces fueran castrados.



Es probable que el apóstol esté haciendo una referencia indirecta a los sacerdotes de la diosa Cibeles, quienes se castraban a sí mismos. Estos no eran ciudadanos romanos, sino extranjeros. Por lo tanto, lejos de ser ofensiva, se trata de una expresión llena de sarcasmo, muy comprensible para los gálatas, quienes habitaban en ciudades donde se practicaba este tipo de adoración pagana. El que los judíos pidieran a los gentiles que se circuncidaran era tan abominable como que los romanos pidieran a los judíos que se mutilaran. También podría entenderse respecto a la levadura antes mencionada: si ahora les piden que se circunciden, podrá ser que más adelante les exijan la mutilación.

Pablo exhorta a los gálatas a no utilizar la libertad como ocasión para la carne. El verbo “usar”, elegida comúnmente por los traductores, oscurece el sentido que Pablo intenta comunicar: el que están llamados a la libertad, aunque esa libertad no es para la carne, es decir, no los libera de la virtud y las restricciones morales establecidas por Dios. Se trata de la libertad de la servidumbre del pecado, de los ritos y ceremonias religiosas, no de los mandamientos morales de Dios. Era muy necesario hacer esta aclaración, pues había una fuerte tendencia de aquellos que venían del paganismo de recaer en las prácticas y adicciones anteriores. Los gentiles conversos estaban rodeados de estas prácticas y muchos de sus familiares o conocidos las practicaban, por lo tanto, no era bueno que entendieran esta libertad como una licencia para ejercer sus hábitos anteriores. Era necesario oponerse a la doctrina del abuso. Muchos en la iglesia abusaban de la doctrina de la gracia, viviendo así en pecado. Pablo, por lo tanto, es enfático en el punto de que la libertad en el Espíritu no conduce al libertinaje, ni habilita a la práctica y liberación de nuestras pasiones pecaminosas.

La libertad en Cristo nada tiene que ver con la carne, sino con el amor. Hemos sido llamados a la libertad en Cristo, por lo tanto, no tenemos otra tarea que amar a Dios y a nuestro prójimo: *“porque toda la Ley en esta sola palabra se cumple: ‘Amarás a tu prójimo como a ti mismo.’”* (v. 14). Esta libertad es la libertad de los ritos y ceremonias judías, llamados aquí “yugo de la servidumbre”, pero además es la libertad del poder y la culpa del pecado, que solo la gracia de Cristo puede quitar.

Por lo tanto, el amor es el cumplimiento de la ley. Si camino en el Espíritu, entonces camino en amor. Nadie que camina en amor busca dañar a su hermano, sino que esto más bien proviene de los malos deseos de la carne. Parece que las iglesias de Galacia sufrían de altercados entre los hermanos. Al rechazar a Cristo en sus corazones, pasó a empoderarse de ellos el orgullo, la ira, y la falta de empatía ante las necesidades de los demás, destruyéndose así unos a otros. La palabra que Pablo utiliza para “morder” es *δάκνω*, *daknō*, que significa ‘morder’ o ‘picar’, usada sobre todo para el mundo animal. Esta última metáfora es evidente en la expresión *“os coméis unos a otros”*, como lo hacen las bestias salvajes. Muchas veces, cuando las bestias salvajes se pelean a muerte, la que queda viva termina tan lastimada que finalmente también muere, perdiéndose ambos animales. Por lo tanto, estas peleas no bendicen a ninguno de ellos y destruye a la iglesia de Cristo.



Solo hay una solución para esto: *“servíos por amor los unos a los otros”*.

La esencia del cristiano no es la ley, sino una relación personal con Jesucristo basada en el amor. La fe es activa y obediente, pero el principio de toda obediencia es el amor. La fe no puede obrar sin amor. Por el contrario, donde hay servidumbre no hay amor, sin embargo, cuando se ama a Dios y al prójimo se cumple con toda la ley.

2. Parte práctica. Los privilegios de la justificación. La lucha entre la carne y el Espíritu (5:16-26)

“Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne, porque el deseo de la carne es contra el Espíritu y el del Espíritu es contra la carne; y estos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisierais. Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la Ley. Manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lujuria, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, divisiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas. En cuanto a esto, os advierto, como ya os he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios. Pero el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu. No busquemos la vanagloria, irritándonos unos a otros, envidiándonos unos a otros”.

Luego de haber preguntado quién los había apartado del camino, el apóstol los invita a caminar de nuevo por el camino del Espíritu. Esto significa dejarse guiar por la verdad, la santidad y la justicia de Dios, aceptando la verdad de su gracia. En este caso, como el griego koiné no hace diferencia entre mayúsculas y minúsculas, ni utiliza signos de puntuación, la palabra “espíritu” puede referirse al Espíritu Santo o al espíritu en oposición a la carne, es decir, a caminar de manera espiritual, dando por sobreentendido que esto es posible bajo la guía del Espíritu Santo. Ambas opciones son válidas y no entran en conflicto. El caminar en el Espíritu o espiritualmente nos lleva a la práctica del amor, como Pablo había señalado en el versículo 13.

Lo contrario a esto es caminar en la carne, es decir, de manera carnal, opuesta al Espíritu. Esta es una elección que tenemos más allá de nuestra conversión, es por eso por lo que Pablo los exhorta de la siguiente manera: *“Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne”*. Los cristianos también pueden perfeccionarse en la carne y hacerse nuevamente esclavos del pecado, pues, como los gálatas, deben decidir cada día ser espirituales. Entendemos por un camino carnal aquello que se opone al Espíritu, incluyendo la práctica de la ley ritual. Nuestra vida puede ser gobernada por la carne o por el



Espíritu de Dios. Pablo había dicho a los gálatas que al caer de la gracia por su insistencia en buscar la justificación por medio de la ley, andaban en la carne, pues el Espíritu es el Espíritu de Cristo, el cual es recibido por gracia.

Además, leímos en los versículos anteriores que había rivalidad entre varias iglesias en Galacia. Ahora, Pablo explica que la razón de esta conducta violenta es haberse dejado gobernar por la carne y abandonar la guía del Espíritu. El cristiano debe estar siempre atento a satisfacer los deseos de la carne, de esa manera es que puede ser guiado por el Espíritu, pues estos se oponen. Cuanto más haya de uno, menos habrá del otro.

La carne desea luchar contra el Espíritu, es decir, nuestras inclinaciones al pecado hacen lo posible por prevalecer. El Espíritu denota la naturaleza renovada, al hombre regenerado, mientras que la carne reluce al hombre degradado por el pecado. El hombre tiende a la desobediencia y la rebelión contra el Espíritu de Dios, por lo que la obediencia al Espíritu conlleva trabajo, esfuerzo y energía, comenzando con la abnegación. Aquellos que son guiados por el Espíritu no están bajo la ley ni expuestos a su maldición. Solo los que han creído en el evangelio son capaces de aborrecer el pecado y buscar la santidad.

Las obras de la carne son muchas y manifiestas. Estas son perjudiciales para los hombres y para la convivencia entre ellos. Contrario a esto, el fruto del Espíritu tiene su base en el amor, de donde se desarrolla la comunión entre las personas.

Los mandamientos de Dios están basados en ambas cosas: en las obras de la carne que debemos rechazar y en la práctica del fruto del Espíritu. Este es justamente el propósito de su dualidad, nuestra santidad, la cual está cimentada en la constante victoria del espíritu sobre la carne. Dicho de otra manera, al describir las obras de la carne y el fruto del Espíritu se nos dice qué debemos evitar y qué debemos cuidar y cultivar. No basta con dejar de hacer el mal, sino que debemos practicar el bien. Caminar en el Espíritu es ser guiado por el Espíritu. El Espíritu de Dios mora en nosotros, poniendo en nosotros la capacidad para tener la vida moral que Dios espera de nosotros.

La antítesis entre carne y Espíritu presenta varias consideraciones. En primer lugar, se tratan de fuerzas opuestas, donde una predomina sobre otra. Los que son de Cristo son guiados por el Espíritu Santo y, por lo tanto, tienen dominio sobre la carne.

El antagonismo entre la carne y el Espíritu resulta fundamental. Nunca podrán reconciliarse o vivir ambas en el mismo ser. Si el pecado no es extirpado, el Espíritu no nos guiará más que al arrepentimiento.



En Gálatas 4:20 Pablo había dicho que los gálatas no andaban en el Espíritu, por lo tanto, eran gobernados por la carne. Sin embargo, ¿cómo se manifiestan las obras de la carne?, por medio de prácticas pecaminosas que se alejan de la gracia divina, donde el apóstol advierte “... *que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios*” (v. 21). Una advertencia esencial, como supo decir también el apóstol Juan: “*El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo. Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios. En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios*” (1 Jn. 3:8-10). Los injustos no pueden heredar un reino de justicia.

Sin embargo, como dice el versículo 18: “... *si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley*”, pues contra el amor, la paz, la bondad y cosas semejantes, no hay ley. Estar bajo la ley es estar bajo el yugo del pecado, pero Cristo vino a liberarlos de la esclavitud de la ley y el pecado.

Pablo tiene como propósito exhortar a los gálatas respecto a algunos vicios que reflejan tanto una conducta como sentimientos externos gobernados por la carne. En la lista que Pablo presenta se encuentran aquellas expresiones de los deseos pecaminosos a los cuales los gálatas eran más propensos a caer, sin embargo, no pretende ser una lista completa. Estos son el resultado de una naturaleza malvada, incompatible con la influencia del Espíritu. El primer grupo menciona el adulterio, la fornicación, la impureza y la lascivia, es decir, pecados sexuales o sensuales. La palabra “adulterio” no aparece en los textos más antiguos, aunque podría encontrarse incluido en el pecado de fornicación.

La impureza cubre una gama más amplia, pero puede referirse a pensamientos o acciones lujuriosas. La lascivia o desenfreno apunta a la imprudencia. En griego clásico describe a un hombre insolente e imprudente en su trato con los demás, no obstante, suele utilizarse para describir un apetito voraz por lo impuro.

El segundo grupo está formado por la idolatría y la hechicería, es decir, pecados religiosos. La palabra para hechicería es φαρμακεία, que originalmente se refería al consumo de drogas, puede referirse también al envenenamiento. No obstante, no parece ser este el sentido que Pablo quiere darle, por lo tanto, puede referirse algún tipo de hechicería que utilice las drogas como método de encantamiento o para entrar en algún tipo de trance. Este culto donde se utilizaban sustancias se vinculaba generalmente con las artes oscuras: magia, hechicería, brujería.

El tercer grupo se compone de enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, divisiones, herejías (o fiestas), envidias y homicidios, es decir, pecados de malignidad. Este tipo de pecado representa muy bien el vicio de nuestra naturaleza caída. Representan la antítesis del amor y la bondad.

Las enemistades y pleitos pueden ser vistos en un grupo aparte, como pecados interpersonales. No



obstante, eran las expresiones de maldad las que corrompían tales relaciones. El conflicto se daba entre personas que albergaban un mismo sentimiento.

Los celos denotan en este contexto un sentimiento incorrecto. Algunas versiones prefieren traducirla como “envidia”, con el afán de separarla de un término que no siempre es mal visto, sin embargo, en su aspecto negativo, el Nuevo Testamento suele vincularlo con la “contienda”, por lo tanto, no hay razón para suponer que se trate de un sentimiento de envidia.

La palabra “iras” describe violentas ebulliciones apasionadas. Pablo utiliza el plural para apuntar a las distintas ocasiones que la impulsan.

El siguiente término es *ἐπιθεῖται*, que es traducido como “fabuloso”. Se llegó a pensar que se relacionaba etimológicamente con la palabra “lucha” (*ἐρις*), pero hoy día la mayoría de los eruditos lo descartan. El término hace referencia más bien a aquellos que se oponen de manera objetiva a la verdad, como los judíos con el evangelio. En este pasaje, el uso del plural denota sentimientos falsos que probablemente generan disensiones.

La palabra “herejías” (*αἵρεσις*) ha cambiado su significado con el tiempo. Comenzó teniendo el sentido de “elección”, es decir, se refería a optar por un punto de vista filosófico o religioso. A veces, la palabra se utilizaba para hablar de distintas formas de pensar. Por ende, los herejes eran aquellos que habían seguido una forma particular de pensamiento. Luego se utilizó para describir directamente una escuela de pensamiento, aunque no se ha determinado aún si se refería a la escuela como institución o a los hombres que la sostenían. Esta palabra es utilizada en el Nuevo Testamento, sobre todo en el libro de Hechos, para hablar de la herejía de los saduceos o la herejía de los fariseos. En todos estos casos, la mayoría de las versiones tienden a traducirlo como “secta”.

Obviamente cuando es claro que se refiere a personas, debemos tomarlo como aquellas que sostienen y representan un punto de vista. El apóstol Pablo utiliza de manera negativa el término por su significado de “elección”. Por eso considera que el cristianismo no es una herejía, pues no se adopta sobre la base de una opinión o gusto individual. El cristianismo tiene que ver más bien con la revelación divina y en hechos evidenciados, como la resurrección de Cristo. Los cristianos no elegían creer que Jesús había resucitado de entre los muertos, no optaban por una posición al respecto, sino que creían en los hechos narrados por la Palabra de Dios. Esta es una revelación tan cierta y revestida de tanta autoridad, que todo aquel que presente una doctrina contraria se deberá someter a la maldición de Dios.

Las iglesias en Galacia corrían el peligro de admitir la falsa doctrina de los judaizantes, la cual se oponía a la verdad. Cualquier doctrina que manipulara el evangelio era, por supuesto, una *αἵρεσις*, es decir, un punto de vista que los hombres habían elegido.



Como ya se ha dicho, el término puede estar describiendo también a aquellos que se adhieren a la falsa doctrina, aunque en este caso, donde el enfoque de Pablo está en las obras de la carne, debemos suponer que se trata de los actos pecaminosos y no de las personas.

Las “divisiones” surgen entre cristianos y resultan fatal para la vida espiritual. No necesariamente implica apartarse de la fe o una rebelión contra la doctrina de Cristo, sino que se dan a causa de la concepción de dogmas humanos que se suman al evangelio, pero son ajenos a este.

La lista continúa con envidias y asesinatos, los cuales pertenecen al tercer grupo. A juzgar por la evidencia de los manuscritos, la autenticidad de *φόντοι*, ‘asesinato’ es muy dudosa y resulta ser un brillo posterior.

El cuarto grupo está representado por las borracheras y las orgías, es decir, los pecados de exceso. Tenemos abundantes testimonios históricos que demuestran que los gálatas eran especialmente propensos a los excesos. La lujuria, las borracheras y la idolatría estaban marcadas a fuego en su nacionalidad.

Como ya expresamos antes, la lista no pretende ser completa, y Pablo lo aclara diciendo: “*y cosas semejantes a estas*”. Así como el apóstol les había advertido en el pasado, ahora volvía a hacerlo. Es muy probable que Pablo les haya dado esta advertencia la primera vez que les compartió el evangelio: “*que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios*”.

Ahora, la vida del creyente no se basa tan solo en rechazar las obras de la carne, sino también en practicar el fruto del Espíritu. Por lo tanto, ahora el apóstol comienza a señalar la dirección en la que deberían esforzarse los gálatas, sabiendo que este estado podía ser producido en ellos por el Espíritu Santo. La palabra “fruto” es tomada aquí en lugar de obras, con el fin de designar de manera más adecuada lo que designa más bien hábitos y no tanto acciones concretas, como sucede con las obras de la carne. Por otra parte, la palabra “fruto” describe algo vivo que alcanza su madurez. Esta expresión es muy utilizada en el Nuevo Testamento para referirse a algo agradable, pero también útil. Pablo utiliza este término para dejar en claro que estos hábitos responden a la influencia divina. Pablo utiliza el singular por una razón: el creyente que es guiado completamente por el Espíritu de Dios, practica la totalidad del fruto, por lo tanto, comprende todas estas características.

Así como el agente que hace las obras no es la carne, sino la persona que actúa bajo la influencia de la carne, el que lleva fruto no es el Espíritu, sino la persona gobernada por el Espíritu.

La lista de Pablo, en este caso, tampoco pretende ser completa, sino una incitación al esfuerzo de alcanzar la santidad. Algunas en esta lista deberían ser la consecuencia de haber aceptado de manera sincera el evangelio, como el amor, el gozo, la paz y la fe, las cuales se dan al establecer un estado consciente de reconciliación con Dios.



No obstante, el apóstol no pone tanto énfasis en el acto de reconciliación con Dios, sino en la manera en que los cristianos actúan unos con otros.

El primero en la lista es el amor. No podemos separar esta característica del carácter cristiano de las otras en la lista como distintas de ellas. Toda expresión del carácter cristiano tiene su cimiento en el amor, por lo tanto, se encuentra conectado a cada una de las expresiones y, a su vez, los involucra a todos. El verdadero amor cristiano tiene su raíz en “un corazón puro, una buena conciencia y una fe genuina”. Como expresa 1 Juan 4:20: “El que no ama a su hermano a quien ha visto, no puede amar a Dios a quien no ha visto”.

El gozo es la alegría de corazón producida por la fe al reconocer el amor de Dios hacia nosotros. Este sentimiento debe ser atesorado y manifestado en nuestro comportamiento hacia nuestros semejantes, como una consecuencia de nuestra sincera conexión con Dios.

Con paz se refiere es la serenidad del alma que surge al ser conscientes de las promesas de Dios. Por otro lado, el término parece contrastar con los pecados de malignidad mencionados anteriormente en las obras de la carne y, por lo tanto, debe ser una expresión del alma que debe ser claramente evidenciada en la comunidad de creyentes.

El apóstol sigue su lista con tres términos muy cercanos: paciencia, benignidad y bondad. Estos son acciones de la gracia. Es difícil distinguir entre benignidad y bondad, sin embargo, el primero significa etimológicamente “dulzura de disposición”, es decir, “amabilidad”, una disposición complaciente para servir a los demás.

La fe o fidelidad está vinculada con la creencia en el evangelio, presentando un contraste con las herejías del versículo 20. Aunque parece aislarse de los otros términos en la lista, como la bondad o la mansedumbre, encierra una cierta coherencia si la entendemos como una conducta conforme a la enseñanza de la Palabra de Dios. Por lo tanto, la mansedumbre está muy vinculada a la fe, ya que esta es la humilde sumisión a las enseñanzas de la revelación divina, oponiéndose a la arrogancia de autosuficiencia.

La templanza o dominio propio se opone claramente a la fornicación, la impureza, la lascivia, la borrachera y las orgías anteriormente mencionadas.

Contra tales cosas no hay ley. Es decir, contra cosas como estas no hay ley. Es aquí donde podemos apreciar que el fruto del Espíritu mencionado por Pablo no es exhaustivo. La frase en el griego “κατὰ τῶν, *τοιοῦτων*” puede traducirse como “y cosas similares a estas; contra lo cual”.

La ley no puede acusar ni condenar a aquellos que son guiados por el Espíritu de Dios.

El cristiano se aparta de las obras de la carne como consecuencia de haber recibido el evangelio de Cristo y dejarse guiar por el Espíritu de Dios, pues este es su propósito.



Aceptar el evangelio de gracia es dejar de servir al pecado para dejarse guiar por el Espíritu, es decir, para que este gobierne su conducta.

Pablo sigue diciendo en el versículo 24: *“Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos”*. Es decir, se han alejado de las pasiones y deseos como algo aborrecedor.

La palabra “crucificado” denota tan solo adherirse a la cruz y no necesariamente morir por crucifixión, por lo tanto, da a entender un carácter que se esfuerza por matar a la carne o por lo menos someterla. Mientras la carne esté crucificada, llegará el momento decisivo en la cual será destruida por completo.

El apóstol tiene en mente la renuncia al pecado y el compromiso con el servicio a Cristo.

Han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. La diferencia entre “pasiones” y “deseos” es que la primera denota desviaciones del alma vistos como una enfermedad, como algo irresistible que arrastra al hombre al sufrimiento, mientras que con “deseos” señala más bien el ánimo de seguir aquello que está mal.

Esta cláusula no agrega nada al sentido sustancial de la carne, pero hace de esta expresión algo vívido y sencillo de identificar. Todo hombre reconoce aquellas pasiones y deseos, difíciles de controlar, que lo llevan a vivir en la carne, sufriendo consecuencias fatales para nuestro bienestar.

Si vivimos en el Espíritu, andemos también en el Espíritu. Solo los hombres espirituales son herederos de la vida. La palabra “andemos” o “caminemos” hace referencia a marchar en fila, según las reglas establecidas.

Pablo hace aquí un llamado a la coherencia y en contra a la hipocresía. Habiendo aceptado por fe el evangelio de Cristo, dejamos la esclavitud de la ley, de la carne y del pecado. Esta verdad debe ser reconocida y practicada, por lo tanto, nuestro carácter debe corresponder a ella. Nadie que dice haber nacido de nuevo practica la vanagloria, provoca a sus hermanos y envidia a los demás. Como supo decir Lutero: “De un médico vano y glorioso, de un pastor contencioso y de preguntas inútiles, el buen Dios libere a su Iglesia”.

Para ver todo nuestro contenido visítenos en:

<https://www.llamadaweb.org/>

Le recomendamos conocer nuestra literatura disponible:

<https://www.llamadaweb.org/tienda/>

¡Síguenos en nuestras redes sociales!

